

otra, Lucrecia Vitel, tenía interés en callarla. Las excéntricas maneras de Carmen era lo único que pudiera asustar á la gazmoñería de la marquesa; pero Carmen era demasiado inteligente para no saberse atemperar á las exigencias de su nueva posición.

IV

La señorita Lelievre obtuvo desde su presentación las simpatías de la marquesa.

«Así debía ser—decía amargamente en sus Memorias.—Todo cuanto los hombres me aborrecen, soy agradable á las mujeres: las feas creen serlo menos cuando me miran, y las bonitas se figuran más hermosas. Soy la sombra hábilmente dispuesta en un cuadro para hacer resaltar más los efectos luminosos.»

—Señorita—dijo la de Tourves á Carmen, el día de su presentación,—he estado á punto de no admitiros á mi lado, cuando he sabido que veníais del hotel de las Rocas Negras en Trouville. Ese establecimiento no estaba tan cuidado por vuestro padre como estaba antes. Mi marido, á quien los médicos mandan todos los años á los baños de mar, y del que no me separo nunca, encontró antes más recogimiento y silencio en él. Yo misma estaba expuesta á encontrarme en la escalera con mujeres como la señora Vitel. Pero vuestros protectores me han hecho la observación de que no érais responsable de los errores de vuestra familia y que vuestra conducta era de la más irreprochables y de la más juiciosas. Podéis, pues, consideraros desde hoy como formando parte de mi casa, si os convienen las condiciones pecuniarias.

—Acepto esas condiciones, señora, sin examinarlas siquiera—respondió Carmen con seguridad.—Obligada, por reveses de fortuna, por no ser gravosa por más tiempo á mi familia, á aceptar una posición relativamente subalterna á los ojos de la sociedad, me elevo á mis propios ojos al ofrecer mis servicios á una señora á quien todo París tiene en gran estima. Eso me basta; los intereses materiales me preocupan poco.

La marquesa recibió sin pestañear aquellos ofrecimientos lanzados á quema-ropa, y puso al momento á Carmen al corriente de sus obligaciones.

—Las primeras horas de la mañana os pertenecerán por completo. Tengo tertulia todas las noches, me acuesto tarde, leo hasta una hora bastante avanzada y no me levanto hasta las once. Os rogaré tan sólo, que cuando despierte me deis

noticias del marqués. Su ayuda de cámara os dirá cómo ha pasado la noche, cuántas horas ha dormido y si su sueño ha sido agitado ó tranquilo. Los más pequeños detalles de la salud de mi marido me interesan y os interesarán pronto á vos. Ordinariamente almuerzo en mi cuarto; también á vos se os servirá en el vuestro. A las dos, salgo en carruaje, y me acompañaréis cuando mi esposo no se encuentre bien para ir al Bosque. De cinco á siete me leeréis algo, pero, entendedlo bien, nada de obras frívolas ó novelas modernas. Los lances amorosos ó apasionados no tienen cabida aquí. Vivimos en la morada de un enfermo y somos hermanas de la caridad... Comeréis con nosotros, es decir, conmigo sola; la mayor parte del tiempo el marqués no puede levantarse y no admito en mi mesa á ningún extraño. Por la noche es tan sólo cuando se llenan mis

salones de hombres serios y mujeres intachables. Estaréis en buena compañía, si os agrada estar con nosotros. Pero no creáis que os veréis obligada á gastar mucho en trajes. Desde el día en que mi marido cayó enfermo yo no he dejado el vestido cerrado ni he usado ninguna alhaja. Os pido—añadió sonriendo—que os conforméis con esta ley santuaria; nada más fácil ni que cueste menos.

Tal fué el discurso que precedió á la instalación de Carmen Lelievre en el hotel de los señores de Tourves.

Carmen se le repitió con toda fidelidad á su protectora, á quien veía por la noche en secreto y muy de tarde en tarde, para no despertar sospechas, porque era evidente que á una mujer como la marquesa no la hubiese gustado enterarse de que la señorita de compañía que tenía en su casa sostenía relaciones amistosas con la

señora Vitel. Naturalmente se había guardado muy bien de que supiese (pues lo ignoraba) que Carmen había sido, durante seis semanas, una de las más asiduas concurrentes á los salones de la señora Vitel en Trouville.

—Busco en vano—decía Carmen á su rubia amiga,—la clase de servicio que os podré prestar con respecto á la señora de Tourves. Me parece que merece la reputación de que goza, y no veo cómo, por mucho que lo desee yo, se podrá empañar el brillo de su virtud.

—No sabemos—respondió la señora Vitel,—es preciso esperar. Sobre todo es preciso que os veáis directamente interesada en descubrir alguna mancha en el blanco armiño que encubre á la marquesa. Por ahora deseáis tan sólo serme útil, y no sabéis cómo. Pero sucede cualquier día que os véis menospreciada, que os humi-

llan, y sentís herido vuestro amor propio; entonces vuestra perspicacia y vuestra malicia habituales aumentarán en proporciones asombrosas, y me serviréis á mí, al serviros á vos misma. Hoy dejemos mi venganza á un lado, para hablar de la vuestra: otro de mis protegidos, pues tengo muchos, se ocupa ya de vuestro tenor. Si continúa siendo tan cruel con vos y negándose á veros, me lo diréis, y puesto que no podéis herir al hombre que se oculta, os procuraré medios de dañar al artista, que no tiene más remedio que exponerse al público todas las noches en el escenario. Soy muy justiciera, y no espero, para que os venguéis de Prades, sino que me hayáis vengado á mí de la marquesa.

Esta generosidad preocupaba á Carmen; cada día, cada hora, se veía obligada á confesar que la señora de Tourves no daría motivo á la maledicencia.

Al mismo tiempo no podía reprocharla ningún mal proceder. La marquesa se mostraba reservada en sus relaciones con su nueva dama de compañía; no la hacía nunca confidencias íntimas, era muy atenta con ella, y sabía, si era preciso, mostrarse agradecida y amable. Hubiese sido muy sensible verse obligada á hacerla traición, á causarla daño, y Carmen acaso no hubiese consentido en ello. Apasionada, vengativa, pronta á contestar y á poner en práctica la máxima india: «Ojo por ojo, y diente por diente», era apática y casi benévola cuando se tenía la prudencia de no irritarla.

Pero la señora de Tourves tuvo la desgracia de ofenderla, y las buenas disposiciones de Carmen con respecto á ésta volaron como por encanto.

Una tarde estaba la marquesa escribiendo una carta en su cuarto, y Carmen,

sentada á pocos pasos de ella, cortaba las hojas de un libro, cuya lectura debía empezar pronto, cuando vinieron á decir á la marquesa que su esposo la llamaba.

Al quedarse sola, Carmen tuvo la maldita idea, por pasar el tiempo, de echar una ojeada sobre la carta á medio escribir.

Estaba concebida en estos términos:

«Querida amiga:

»Me habéis comprendido perfectamente: he podido abstenerme de todos los placeres, y no tengo por eso gran mérito; no es la música tan sólo lo que echo de menos, y me decido á salir de mi celda para ir con vos esta noche á los Italianos. Pero sabéis mis costumbres: no dejo que me acompañen ni aun los amigos íntimos de mi esposo. ¿Podréis reservar algún sitio á la señorita de compañía que tengo? Es pequeña, delgada, endeble; ni ocupa sitio

ni mete ruido; la pondréis en un rincón, donde no la vean... felizmente para la concurrencia, á no ser que preferáis colocarla en primera fila, junto á vos. Haría resaltar inmensamente vuestra beldad, y serviría de sombra á la que es toda luz, porque la señorita Lelievre, así se llama, ¡ya veis qué apellido tan bonito, es un Botador!...»

.....

.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La lectura de esta carta debía bastar para hacer de Carmen una enemiga mortal de la señora de Tourves. ¡El momento elegido para recordarla su fealdad era tan

29746

inoportuno! Si sufría cruelmente desde hacía muchos meses, si había sido abandonada, si la habían desdeñado, ¿no era por causa de su fealdad? Si desde que volvió á París habían sido vanas las tentativas puestas por ella en juego para tener una entrevista con Prades, ¿no era preciso declarar culpable de esa nueva afrenta á sus deformidades, cada vez más en relieve?

Y, en efecto, la felicidad embellece á veces; da á los ojos más brillo, á la sonrisa más gracia; el alma dichosa y satisfecha irradia, en cierto modo, en la cara y la presta una tranquilidad que es una forma de belleza. Las penas, por el contrario, el dolor, el odio, afean y ajan las facciones, vician la sangre, hacen que el color se ponga amarillo, arrugan la frente, se blanquean los cabellos y el cuerpo adelgaza.

Carmen Lelievre había sufrido esa

transformación, y la conocía; pero no perdonaba á nadie que se lo dijese y se la arrojase al rostro, clasificándola oficialmente en la clase de monstruos, poniendo la etiqueta, por decirlo así, del género y atreverse á escribir sobre ella esta palabra humillante y cruel: ¡*Botador!*

Como la señora Vitel esperaba, y lo había previsto, Carmen no iba á vengar á su protectora de los desdenes que la había hecho la de Tourves, sino que iba á castigar en la marquesa la afrenta personal y directa que ésta acababa de hacerla. Para Lucrecia el resultado era el mismo: la pérdida de su enemiga. Pero Carmen conservaba su libre albedrío, no obedecería á ninguna sugestión extraña y haría el mal por su cuenta.

Aquí ya se detenía, y se veía extremadamente confusa.

¿Cómo hacer el mal? ¿Cómo echar aba-

BIBLIOTECA ALFONSO X

jo del pedestal, en que el mundo la había encumbrado, á esa diosa de la Prudencia que se llamaba la virtuosa marquesa de Tourves?

¿Calumniándola? Si hubiera podido serlo, hace tiempo que Lucrecia se habría encargado de ese cuidado, y no hubiese mostrado tanto empeño en hacer partícipe á Carmen de su odio.

La maledicencia, pérfida hermana de la calumnia y más hábil que ella, puesto que se inspira en la verdad y se apoya en hechos, debería ser lo único que tuviese éxito.

¿Pero de qué se podía hablar mal? ¿Qué verdad, que pudiese confundir á la marquesa, podría tener la dicha de descubrir para que la pudiese revelar? Otra que no fuese Carmen hubiese vacilado en buscarla; pero ella, por el contrario, resolvió escudriñar tan profundamente como pu-

diese la existencia de la de Tourves, para encontrar en ella algún punto oscuro.

Empezó, ante todo, por fijarse en la idea de que una mujer, de natural tierno, que ha gustado durante tres años las dulzuras del matrimonio, con un marido joven, amado y muy amante, puesto que, según los médicos, estaba enfermo hoy por no haber sabido dominar su corazón; que esa mujer, decimos, bajo el dominio aún de esos recuerdos, no podía de la noche á la mañana haberse condenado al celibato sin esperanza de salir de él.

Casada y viuda al mismo tiempo, casada sin marido y viuda sin libertad, era probable que en esta situación irregular se hubiese entregado á ciertas irregularidades. Aquella vida tranquila y sin mancha debía ocultar algún misterio. La superficie de ciertos lagos es completamente tersa, no la agita ninguna ola, el agua

clara y límpida refleja el azul del cielo. Sin embargo, á pocos metros de profundidad, hay remolinos que horadan el lecho, y arrancan arenas y guijarros. Carmen Lelievre se había propuesto descubrir ese remolino. Con el carácter de que estaba dotada, con su maravilloso espíritu de observación, era evidente que no tardaría en descubrirle si desgraciadamente para la marquesa existía.

Dedicóse en primer término á estudiar á los visitantes de la marquesa. ¿Cuál, entre ellos, debía suponerse le gustaba? Los examinó uno por uno y se vió obligada á reconocer que una mujer joven y guapa no podía haber tenido la ocurrencia de pecar con aquellos inválidos de sentimiento, con aquellos militares retirados del servicio del amor. Tanto pensaban en la marquesa, como ésta en ellos, y era fácil ver que, si simpatizaban con la

marquesa, sus corazones respectivos no tenían nada de común.

¿Podría suceder que por el día la señora de Tourves recibiese algún visitante más joven y de más agraciada presencia? No, hasta las ocho de la noche, los proveedores tan solo eran los que entraban en el hotel, y el portero decía invariablemente á todo el mundo:

«No está visible la señora.»

Y cuando ésta salía, ¿dónde iba? A algún almacén, ya lo hemos dicho, ó á casa de algún amigo íntimo de la familia, incapaz de prestarse á encubrir intrigas de esa especie.

Pero Carmen había leído muchas novelas, era por intuición demasiado parisién, para no estar iniciada en todas las intrigas de la sociedad. Sabía que ciertos enamorados, aficionados á correr aventuras, desdeñando relaciones ruidosas y entre-

gados al culto de mujeres recatadas, ocultan su cuarto de soltero en la casa habitada por una costurera ó una modista célebre.

A lo mejor se ve parar un coche en la calle de la Paz, ó en el *faubourg* Saint-Honoré. Baja una mujer de él y dice al cochero: «Voy á casa de Fulana, y mandaré que bajen por un lío que he dejado en el carruaje; entregádsele». Entra en la casa con la cara descubierta, sin preocuparse si la siguen ó no, sube la escalera, llama, entra en efecto donde dijo, hace que bajen por el envoltorio, se prueba un vestido ó un sombrero, y sale por fin. Pero en vez de volver á salir á la calle, y bajar todos los pisos, se desliza en una habitación del entresuelo, cuya puerta se abre misteriosamente á su paso. Los caballos que la condujeron á la casa aquella, piafan en el exterior; creen que su ama hace

una visita algo pesada en casa de su modista; pero aunque echan de menos la avena de la cuadra, no sospechan nada, no se permiten ningún mal pensamiento; se han guardado las formas; ¡estaban tan bien tomadas toda clase de precauciones!

Al cabo de una hora, el alojamiento del piso entresuelo se abre de nuevo. Un joven se asoma al descansillo, mira hacia arriba, vuelve sobre sus pasos, y murmura estas palabras: «¡No hay nadie! ¡sal sin cuidado!» y la dama se lanza á la escalera. Después de haber bajado con emoción una docena de escalones, recobra su calma habitual, su marcha regular, dirige una mirada tranquila á las personas que encuentra, y sube orgullosamente á su coche.

Los caballos, incapaces siempre de tener un mal pensamiento, la llevan al Bosque, donde las mujeres más virtuosas, las más inmaculadas se creen en el deber de

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

saludarla, y donde jóvenes solteras, puras y sin mancha, se inclinan ante ella. Otras veces la lleva el coche al domicilio conyugal, al lado de su marido, á quien se apresura á decir para explicar su larga ausencia: «He pasado la mitad del día en casa de la modista; he tenido que esperar turno; ¡todas esas artistas que tienen fama son insoportables!»

Carmen Lelievre conocía todas esas máculas. Por eso observaba con cuidado á los proveedores del hotel y las casas donde iba.

Reconoció bien pronto que perdía el tiempo, y que aun por ese lado la marquesa era invulnerable.

Desesperábase ya, y estaba decidida á renunciar á abrir brecha en una virtud tan fuerte, cuando la casualidad vino en su auxilio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Después de haberse dedicado tanto tiempo y tan inútilmente á estudiar á los concurrentes á casa de la marquesa y haber vigilado sus salidas, sus paseos y sus excursiones, Carmen Lelievre decidió, para asegurarse bien, entregarse al examen profundo de las habitaciones ocupadas por la marquesa.

Una mujer que tiene relaciones ilícitas, un día ú otro, por olvido, por negligencia, se hace traición á sí misma delante de las personas que forman parte de su servidumbre ó que viven en su intimidad: una carta olvidada en el bolsillo de una bata, un medallón que guarda una miniatura

CARITA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA